

HABLEMOS DE LA ESPERANZA

**Una lectura de la Bula del Jubileo 2025
a la luz del carisma de Andrés Coindre**

**“Sean fuertes y valerosos,
todos los que esperan en el Señor”
(Sal 31,35)**

H. Francisco Javier Sáez de Maturana



¿Sabías que el pasado 9 de mayo, en la solemnidad de la Ascensión del Señor, el papa Francisco ha publicado la Bula de convocatoria del Jubileo Ordinario del año 2025, titulada *Spes non confundit*. “La esperanza no defrauda” (Rm 5,5)? Pue sí, eso ha sucedido, aunque con la abundante información que recibimos o a la que nos adherimos, esta noticia ha pasado desapercibida.

Y unos días antes, se iniciaba el 37 Capítulo General del Instituto, en Roma, con el lema: “Quiero despertar vuestras esperanzas”. Mayo ha sido, pues, un mes con color verde esperanza. ¿Son simples coincidencias?

En las páginas que siguen, me he atrevido a ofrecer, a quien pueda interesarle, una reflexión sobre el tema de la esperanza, a partir de la Bula de convocatoria del Jubileo de la esperanza, teniendo muy presente el deseo profundo del Padre Andrés Coindre, expresado en la frase, que ha sido el lema del 37 Capítulo General.

UNA PRECISIÓN, DE ENTRADA

Hace un tiempo, un político español dijo: “Somos sentimientos y tenemos seres

humanos”. Realmente, no hay por dónde agarrar la frase, pues carece totalmente de sentido. No nos sirve para nada,

¿Qué somos los humanos? La religiosa y teóloga N. Martínez-Gayoy dice que el ser humano, es, por esencia, fiducioso, expectante y amoroso. Es un ser fiducioso, es decir, que necesita confiar y confiarse, apoyarse en alguien de quien se pueda fiar y, además, sentirse él mismo capaz de ofrecer apoyo a otros. Es un ser expectante, o sea, que es capaz de aguardar, de anhelar, de proyectar, de esperar de sí mismo, de la realidad y de los otros. Es un ser amante, esto es, capaz de relacionarse amando, recibiendo y dando; en definitiva, haciendo la vida mejor a todos.

De lo dicho podemos deducir que somos humanos en la medida que vivimos lo que somos en esencia, esto es: que creemos, esperamos y amamos.

El papa Francisco corrobora lo anterior en la encíclica *Fratelli Tutti*: “la esperanza nos habla de una realidad enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y de los condicionamientos históricos en que vive” (FT n. 55).

Por su parte, el teólogo jesuita J. Masiá, dice que el ser humano es “cuerpo esperanzado”. La esperanza forma parte de su ser, y se expresa en su corporeidad. Y el pensador alemán E. Bloch, calificado como el “filósofo de la esperanza”, afirma que “el hombre es en tanto que aspira”, es decir, que se proyecta hacia el futuro con esperanza, y es capaz también de anticiparlo, incluso, forzándolo, sin violencia. Es hacer un poco aquello del recordado cantautor aragonés José A. Labordeta, refiriéndose a la libertad: “... pero habrá que forzarla para que pueda ser”.

Por tanto, parece que queda lo suficientemente claro. No “tenemos” esperanza. Somos seres esperanzados, y por ello, como discípulos de Jesús, tenemos que “dar razón de la esperanza que hay en nosotros” (1 Pd 3,15). No nos la podemos guardar para nosotros, ni protegerla, para que no se desgaste.

¿Y si la esperanza está dormida? Pues es preciso despertarla, avivarla, quitarle el polvo que se ha acumulado sobre ella -¡pueden ser infinidad de cosas!- por diferentes causas.

En la Bula, dice el papa Francisco: “Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de

la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad” (n.1: esta será la manera de indicar los numerales de la Bula),

Porque cree en el potencial de la esperanza en todo ser humano, Francisco manifiesta el deseo íntimo de que el Año Santo “sea para todos ocasión de reavivar la esperanza” (n. 1). El Jubileo no es para algunos. El Papa no quiere que sea para los de siempre, para los de dentro, sino para todos. El Jubileo se abre en una dimensión de evangelización realmente católica, esto es, para todos. Las fronteras eclesiales se diluyen. Y si es así, Francisco quiere llegar a todos los corazones.

“La utopía es hija de la esperanza. Y la esperanza es el ADN de la raza humana. Pueden quitárnoslo todo menos la fiel esperanza, como digo en un poema. Ahora bien, ha de ser una esperanza creíble, activa, justificable y que actúa”, dice el obispo y profeta P. Casaldáliga. Siendo así, la esperanza ha de ser para todos, pues una esperanza que no pueda ser para todos no es esperanza. Una esperanza que no abarque la totalidad del ser humano, en todas sus dimensiones, y a todos los seres humanos, no será una esperanza cristiana. Y de lo que carece nuestro mundo es de un diseño de futuro para todos.



“LA PEQUEÑA ESPERANZA”

Los seres humanos, como dice el refrán popular, “nos acordamos de santa Bárbara cuando truena”. Somos seres esperanzados; sabemos que la esperanza es una de las tres virtudes teologales; en el Tiempo de Adviento cantamos la esperanza de la llegada del Salvador y en los funerales celebramos con esperanza el paso de esta vida a la Vida. Pero la vida transcurre sin tenerla muy en cuenta, Ahora, en estos tiempos en que la esperanza se tambalea por diversas

circunstancias dramáticas, sin previo aviso, la “pequeña esperanza”, la “hermana pequeña”, como la denomina el poeta francés Charles Péguy, se nos ha colado en la vida; se ha abierto paso.

N. Martínez-Gayol recuerda que Charles Péguy, en su poema sobre la esperanza, compara a la fe con una esposa fiel o con un soldado, a la caridad con una madre ardiente y con un hospital, y a la esperanza la llama “la hermana pequeña”, “la pequeña esperanza” que duerme cada noche y que cada mañana hay que despertar. Dice así un fragmento del poema de Péguy:

Por el camino empinado, arenoso y estrecho,
arrastrada y colgada de los brazos de sus dos
hermanas mayores, (fe y caridad) que la llevan de
la mano, va la pequeña esperanza
y en medio de sus dos hermanas mayores da la
sensación de dejarse arrastrar
como un niño que no tuviera fuerza para caminar.
Pero, en realidad, es ella la que hace andar a las
otras dos, y la que las arrastra,
y la que hace andar al mundo entero y la que le
arrastra.
Porque en verdad no se trabaja sino por los hijos
y las dos mayores no avanzan sino gracias a la
pequeña.

¡Qué belleza de poema!

En medio de nuestra compleja realidad, la esperanza “verdea en la fragilidad y la belleza de un pequeño brote, haciéndose presencia pequeña y vulnerable, pero persistentemente sostenida, allí donde hay un clamor, un lamento, una necesidad, una desgracia, una puerta que se cierra, una ilusión que se trunca, una vida que se escapa” (N. Martínez-Gayol).

¿Y cómo se va haciendo presente la esperanza? Responde nuestra autora: “Sin grandes luminarias, sin títulos provocativos, sin ruidos, sin espacio en los medios de comunicación, sin reconocimiento en las tertulias... la pequeña luz de la esperanza sigue ardiendo y provocando fuegos allí donde “alguien” ha renunciado a su tiempo, ha anulado la cita con sus deseos y se ha despedido de su legítima aspiración a realizarlos, ha pospuesto su trabajo, ha ignorado su cansancio y olvidado sus dolores, sus años y sus miedos... para salir al encuentro “del otro”, para –en medio de la oscuridad, el sin sentido y la ausencia de futuro– hacer presente al Dios de la esperanza”.

DOS LEMAS CON MUCHA SUSTANCIA

Hay empresas de publicidad dedicadas a elaborar lemas de impacto. Pero, que yo sepa, ni el papa Francisco, ni el consejo general corazonista han echado mano de una agencia publicitaria. Su Han acudido a las fuentes: la Biblia y los escritos del padre Andrés Coindre. De ahí han bebido el agua que refresca y da vida.

Los lemas que abren la puerta a la Bula y al 37 Capítulo General, son sumamente ricos, y vale la pena dedicar un espacio a saborearlos.

✿ “La esperanza no defrauda”

Este es el título o lema que encabeza la Bula papal. Si lo miramos con detenimiento, es muy evocador.



El Papa no se ha inventado esas palabras. ¿De dónde vienen? Francisco da la siguiente explicación:

Bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma. La esperanza también constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los peregrinos de esperanza que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. Jn 10,7.9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1) (n.1)

En apenas 25 numerales, el Papa comparte esta Carta, que contiene una reflexión cordial convocando al “Jubileo de la esperanza”.

Pero, ¡atención!, un Jubileo no es cualquier cosa para la Iglesia. Es un tiempo precioso y saludable de gracia.

Los griegos tenían dos maneras de entender el tiempo: como *chronos* y como *kairós*. Para ellos,

hay un tiempo común, lineal, corriente, el que mide nuestra historia humana, con sus acontecimientos; es el tiempo que va del nacimiento a la muerte: es el *chronos*. Y hay un tiempo especial, condensado, único significativo, un tiempo que no se puede desperdiciar ni pasar por alto: es el *kairós*. No todo *chronos*, es un *kairós*, pero hay que estar atentos para descubrir el *kairós* en el *chronos* histórico. Y el Jubileo de la esperanza en un auténtico *kairós*.

Nosotros, los corazonistas, con todo el santo pueblo de Dios, acogemos el anuncio del Papa porque vivimos nuestra vocación “en el corazón de la Iglesia”, como leemos en nuestra Regla de Vida, y por algo más.

✿ “Quiero despertar vuestras esperanzas”

Son palabras del mismo Padre Andrés Coindre, que constan en uno de sus manuscritos empleados para la predicación.



Dice así nuestro fundador:

Voy a hablaros del cielo, voy a transportaros al cielo; con vosotros sólo quiero ocuparme del cielo. Dejad de llorar, almas afligidas; y vosotros, pecadores, estad atentos. Quiero despertar vuestras esperanzas, arrancaros de la tierra abriéndoos los cielos (André Coindre, *Escritos y documentos* 5, Obras oratorias, Manuscrito 11, p.134).

¿Era frecuente el tema de la esperanza en los sermones de Andrés Coindre? Según el Hno. Jean-Pierre Ribaut-, de entre los temas de predicación de nuestro fundador hay algunos recurrentes, “propios del contexto y de la especialización del orador: quince escritos tratan del infierno, quince de la muerte, por uno solo de la esperanza; nueve evocan el juicio, sólo dos la misericordia de Dios; siete se refieren directamente a la salvación, el mismo número a la Santísima Virgen; seis fustigan el pecado;

cinco ponen en guardia contra las pasiones; otros cinco evocan los milagros. No se ha conservado un sermón sobre el Sagrado Corazón, dado durante un retiro en Saint-Julien-en-Jarez (Loire) en noviembre de 1818; podemos encontrar su inspiración general y su tonalidad en los textos relativos al amor de Dios. Su compañero Mercier, el último de los misioneros de Monistrol, consideraba su evocación de la gloria y de la dicha del cielo como una de sus más bellas obras” (André Coindre, *Escritos y documentos* 5, Obras oratorias, p.25).

El tema de la esperanza, de manera explícita, no es muy frecuente en Coindre, pero se hallaba muy presente, aunque diluido -como el azúcar en el café-, en sus predicaciones y cartas.

Hace años escuché lo siguiente: “El padre Coindre era especialista en los sermones sobre el infierno”. Confieso que me chocó aquello. Después, estudiando el contexto de la época, tanto en lo social como en lo religioso, entendí la frase, y pude ver que Coindre, si bien era “especialista” en esa temática, no era un predicador que buscara meter a todos “los malos” en el infierno, sino todo lo contrario.

En aquel contexto, si nuestro fundador recurría en su predicación al infierno con insistencia, era, precisamente, para librar a la gente -según el lenguaje de época- de “las llamas del infierno”. De ningún modo significaba que fuera un amargado que disfrutaba amenazando a la gente.

Al hilo de lo que estamos viendo, permítaseme un inciso. Vamos a los primeros años del siglo XIV. Ahí nos encontramos con Dante Alighieri. La imagen que el poeta italiano ha dejado en no pocos estudiantes, por su obra “La Divina Comedia”, es la de ser “el poeta del infierno”, con su minuciosa descripción del lugar de condenación, conformado por sus nueve círculos. Como dato curioso vemos que el término “dantesco” -derivado de su nombre- el diccionario de la RAE lo define como algo “que causa espanto o impresiona y causa horror”. Total, que de Dante prima la imagen del miedo, del terror, de lo infernal...

Sin embargo, el papa Francisco, en su Carta Apostólica *Candor lucis aeternae*, “Resplandor de la luz eterna”, publicada el 25 de marzo de 2021, con motivo del VII centenario de la muerte del insigne florentino, ha dado un giro de 180 grados a esa imagen. Lo califica como “el poeta de la esperanza”, “el poeta de la posibilidad de la redención”; “el poeta del amor que mueve el sol y las demás estrellas” -citando también a Pablo

VI, quien asimismo escribió sobre Dante-. El papa Bergoglio ha dicho que leyéndolo con calma se puede encontrar en él una posibilidad de liberarse de la “selva oscura” del mal y del pecado para encontrar “el camino recto” y alcanzar así “la plenitud de la vida en la historia” y la “eterna dicha en Dios”. La suya es, pues, según Francisco, “una misión profética” que no ahorra denuncias y críticas contra aquellos fieles y pontífices que corrompen la Iglesia y la transforman en un instrumento de interés personal. ¡Qué actualidad tiene su denuncia valiente!



Para Dante, el infierno -que con tanta “claridad” describió- era como la pérdida de toda esperanza, la desesperanza total. Y combatió esa terrible situación con sus magníficas obras.

No sé si Coindre leyó al poeta florentino, pero, al igual que él, desde el Dios que llevaba en el corazón, y muy persuadido del amor divino hacia sus criaturas, no podía ver que hijos de Dios, hermanos suyos, se vieran sumidos en la desesperanza, y se empeñó en cambiar las cosas con diligencia. Para Coindre, no había término medio. No se podía estar con un pie en la canoa y otro en tierra. Decía nuestro fundador: “Hoy la elección nos viene dada: o el amor o el infierno; sí, os lo repito: o el amor o el infierno. No hay punto medio” ((André Coindre, *Escritos y documentos* 5, Obras oratorias, Manuscrito 30, p.46). Pero, ¡ojo!, insistimos: en Andrés Coindre, el infierno no es la última palabra. Tampoco lo era para Alighieri. Uno y otro querían despertar esperanzas, cada uno a su modo.

Combate la desesperanza con diligencia

Usar la palabra “diligencia” en nuestros tiempos, suena a obsoleto, retrógrado, y más cosas. “Diligencia” está, con frecuencia, asociada -entre los más de más edad-, a la palabra “pereza”. Así se ha dicho: “Contra la pereza, diligencia”. La diligencia se ha entendido como la virtud

cardinal que combate la pereza. Pero, al preguntar a los jóvenes qué es la diligencia, su respuesta es la siguiente: la diligencia es el carromato que servía como el medio de transporte habitual para realizar las grandes travesías en el Oeste americano. Y es verdad. No obstante, profundicemos en la riqueza del término “diligencia”.

La etimología es muy clarificadora. “Diligencia” es una palabra que viene del verbo latino *diligo*, y significa “amar”. Es amar, pero en el sentido de cuidar con interés, afanarse, esforzarse por encontrar las mejores salidas para la persona a quien se ama. El “diligente”, piensa, cavila, aventura ideas realizables, y trata de ponerlas en práctica.

¿Qué tiene que ver la “diligencia” con el padre Andrés Coindre y el tema que nos ocupa? Sin dudar, a mi juicio, podemos decir que nuestro fundador fue un hombre diligente. Y lo fue, no solo porque no fue perezoso, y porque viajó en diligencia o en un medio parecido, sino porque se desvivió, literalmente hablando, por los que amaba, esto es, por la gente a la que servía como sacerdote y como fundador de institutos religiosos.



¿Por qué acudía la gente en masa a escuchar a Coindre? Porque muchos se hallaban inmersos en las peores de las desgracias, condenados a los “infiernos” más crueles, sumidos en el sentimiento de culpa por sus pecados... Se sentían ahogados. El miedo, el espanto, la angustia..., bloqueaban el aliento de aquella gente. Les faltaba el aire. Pensemos: ¿qué hacemos cuando tenemos la sensación de que nos estamos ahogando por algún motivo? Pues acudimos a quien nos ofrece un poco de respiro, una razón para seguir caminando con esperanza.

Si la gente acudía a escuchar a Coindre, por algo sería. ¿Disfrutaban aquellos hombre y mujeres de las frases lapidarias de aquel hombre por que

disfrutaban con el temor que infundía? No lo creo, pues nadie -a menos que sea masoquista, y los hay- busca quien le haga sufrir. Si se despertó semejante atracción hacia él, fue porque sus palabras les ayudaban a respirar. No acudían a él porque gozaban escuchando a un cura avinagrado que les infundía miedo, a no ser que no estuvieran en su sano juicio. Cuando uno actúa amargo y sin un ápice de ternura, se siente mal, pues no puede estar contento consigo mismo, y recibe de los demás reacciones de malestar que le dan un aviso: «¡No lo estás haciendo bien!». Y eso no ocurría con Andrés Coindre.

La gente se sentía cautivada por aquel hombre porque sus predicaciones renovaban sus esperanzas adormecidas o casi muertas, y les consolaban. No fue Coindre un “orador del infierno”, sino del amor de Dios, pero la situación era tan desastrosa, que su lenguaje era duro, a fin de mover al arrepentimiento.

Ciertamente, el que salva es Dios, en Cristo Jesús, nuestro Salvador, pero la palabra ardiente de nuestro fundador era “salvadora”. ¿No es un atrevimiento o una pretensión ilusa pensar eso? No lo es. En hebreo la palabra «salvar», «YS’», tiene que ver con ser espacioso, ser amplio. Salvar puede equivaler a «llevar a un lugar espacioso», “salir de una situación fatal”. Al escuchar a Andrés Coindre, la gente sentía que, por medio de él, Dios ofrecía respiro en la angustia, puerta de libertad y vida. Se repetía lo que leemos en el salmo: “Respóndeme cuando te invoco, oh Dios, mi salvador, tú que en el aprieto me diste anchura” (Sal 4,2).

No invita a evadirse de la realidad

En aquellos que se hallaban sumidos en la desesperanza -expresada en llanto y aflicción-, tanto por sus pecados como por la situación social y económica que padecían, Andrés Coindre quería despertar sus esperanzas. Para el pensador francés la esperanza es como una protesta dictada por el amor. Así lo vivía nuestro fundador.

Y la gente veía en él a un amigo de Dios que les amaba y, por eso, se empeñaba en “sacarlos de los infiernos”, abriendo sus mentes y corazones a la esperanza. Podemos imaginarnos a nuestro fogoso fundador, en una de las múltiples misiones populares que predicó, animando a la gente a mirar al cielo.

¡Atención! De tanto hablar del cielo podría parecer que el objetivo de Coindre fuera que la

gente se evadiera de la realidad profunda personal y de la realidad social y económica en que vivían muchísimos, pero no hay nada de eso. La esperanza cristiana no es una esperanza “light”, desvitalizada, separada del drama de la existencia humana, de puro rezo y poco más. Por supuesto, no lo era para Andrés Coindre.

La predicación de aquel joven sacerdote no era precisamente un somnífero -como lo son tantas predicaciones, que mueven más posaderas que corazones-, para llevar a ignorar la realidad. No había en sus palabras eso que alguien llevó a calificar al discurso eclesial como “opio del pueblo”.

Andrés Coindre miraba al cielo, claro que sí, pues oraba y en Dios encontraba la razón de su vivir y la pasión por su misión, pero no era un hombre que vivía solo mirando al cielo. Para él, el reino de los cielos era también el reino de los suelos; desear el reino de los cielos, le llevaba a implicarse en el reino de los suelos. “Miren el mundo en que vivimos, pero también al cielo. Así lo hizo Jesús un Viernes Santo...”.

Eso mismo es lo que quería para los que le escuchaban atentos. Que, en medio de la realidad tan proclive a la desesperanza y a la desesperación, elevaran sus ojos y corazones al cielo, esto es, al Dios de quien viene toda esperanza. Deseaba como Pablo para los cristianos de Éfeso: “Que Dios ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados” (Ef 1,18).

Y en ello se empeñó en cuerpo y alma: se comprometió directamente para aliviar el dolor de niños y jóvenes, y así despertar y alimentar la esperanza en el mañana. Por su parte, no se limitó a esperar, sino que buscó colaboradores ahí estamos los hermanos y las hermanas- y se puso a organizar la esperanza, traduciéndola en obras concretas.

En aquella Francia convulse, imitó a las hojas de los árboles que, sin llamar la atención, cada día transforman el aire contaminado en aire puro. ¿No hay una lección para los herederos de Coindre en el presente?

PERSONAS ENGENDRADORAS DE ESPERANZA

Dice el jesuita J. Masiá que, al recorrer la historia, “nos encontraremos con una variedad de personas según las épocas: hay épocas de conformidad o, más exactamente, conformismo (decadencias otoñales); hay épocas más críticas, engendradoras de esperanzas nuevas

(primaveras de creatividad a las que siguen sequías veraniegas); y hay, finalmente, épocas de fuertes crisis de sentido, tentadoras de desesperación”. La época de Coindre, difícil por demás, pertenece a la época generadora de esperanzas nuevas. La nuestra también.

El papa Francisco, desde su ministerio de primado en la caridad, al servicio de la Iglesia y el mundo, y en circunstancias propias, vive con el mismo ardor de Andrés Coindre, pues ambos son hombres llenos del único Espíritu. Ambos son de esa gente que, para santa Teresa de Jesús, son necesarios ayer y hoy, los que ella llama: “amigos fuertes de Dios para tiempos recios” (Libro de la Vida 15,5).

Preocuparnos y ocuparnos de la esperanza, para los herederos de Coindre, es vincularnos más estrechamente con los sentimientos de nuestro fundador. Al hacerlo, estamos tratando de palpar al ritmo de los latidos de su apasionado corazón, y de los latidos de la Iglesia, en un mundo en el que hay mucho llanto y aflicción, y el futuro depende de un hilo, el “hilo de lo alto” -que es la esperanza teologal- que sostiene desde el centro todas las esperanzas humanas. Sólo la esperanza teologal pues sostener las esperanzas humanas, pues es la esperanza “que no falla” (N. Martínez-Gayol).



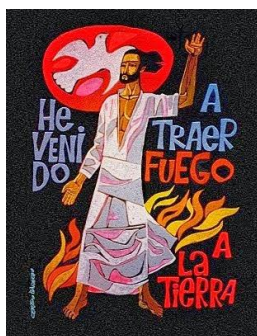
La esperanza, para serlo de verdad, tiene que estar bien fundamentada. Si no, no deja de ser el azúcar que -falsamente- ayuda a tragar las más amargas píldoras. Si san Pablo se la jugó, hasta “perder la cabeza” -más real imposible-, es porque “sabía de quién se había fiado” (2 Tim 1,12). Si la esperanza no está fundamentada, anclada en Dios, cualquier cosilla parecerá un signo de esperanza, pero se irá viendo, a la larga, que era como una pompa de jabón. “Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá

de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo” (n.25).

Nosotros, si queremos ser de esos que llevan esperanza -como Coindre, pero a nuestro estilo y en el tiempo actual-, en nuestro mundo, solo podremos serlo si experimentamos la esperanza que nos constituye, si lo deseamos y vivimos aguardándolo todo, esperándolo todo de quien es digno de confianza por encima de todo: Aquel de quien san Pablo dice: “Sé de quién me he fiado” (2 Tim 1,12). Solo él es digno de confianza absoluta.

Pero no basta con experimentar, desear y vivir la esperanza. Hemos de ser encarnación de la esperanza en nuestro entorno cotidiano, de modo que quienes nos miran, entiendan que “la oscuridad” y “la negrura de la vida” no es lo definitivo (N. Martínez-Gayol), cada uno según su capacidad y el don que ha recibido.

De Andrés Coindre se dicen cosas bonitas, pero, evidentemente, hay que decir que fue un fuego iluminador y esperanzador en su tiempo, fruto de su apertura incondicional al Espíritu, que, entre otras cosas, es fuego.



Nuestro fundador es uno de esos hombres que - como dice Pascal- son “las manos que sostienen el alma”. Hoy necesitamos manos así, hermanos y seglares, que sostengan el alma de los niños, adolescentes y jóvenes, y sus familias. Necesitamos seguidores de Coindre -hermanos y seglares- que muestren que el redescubrimiento del poder de la esperanza es la manera que tenemos de estar en esta parcela de la misión de la Iglesia, o sea, en la educación. Hay otras, claro; la diversidad de carismas es obra del Espíritu. Pero la nuestra es esa.

ESPERAR EN TIEMPOS TURBULENTOS

Lo venimos recordando: Nuestro mundo está pasando por una etapa turbulenta. Solo pensar en la masacre prolongada del Estado de Israel en la franja de Gaza, lleva a gritar con indignación sangrante: “¡Pongan fin al genocidio!”. Eso es

innegable. Y hay más de una treintena de frentes de guerra abiertos, movimientos sociales fuertes, avance de ideologías que excluyen, crispación, polarización, cerrazón y, sobre todo, miedos.

Hay demasiados miedos que exacerbaban estados de ánimo. Son miedos al futuro, al otro -que no se ve como prójimo sino como rival a vencer si es diferente o piensa diferente-; miedo a la tecnología, que puede dominarnos; miedo al clima; miedo al avance inexorable de los años; miedo a que nos muevan el estilo de vida; miedo a que pongan en duda mis ideas -que muchas veces son pura ideología-, ya sean políticas, religiosas o del tipo que sea.

No faltan quienes, a modo de profetas de calamidades, anuncian -como si su palabra fuera el “oráculo de Delfos”- que nos aproximamos a un mundo peor. Repiten, aun sin pronunciarlas, aquellas palabras del profeta: “Se han secado nuestros huesos y se ha desvanecido nuestra esperanza. ¡Estamos perdidos!” (Ez 37, 11). O las palabras de algunos de los discípulos de Jesús cuando, después de la crucifixión, retornaban tristes y acongojados a Emaús: “Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel...” (Lc 24, 21). ¿Quién no ha dicho en más de una ocasión “había esperado otra cosa” o “había esperado que esto no ocurriera nunca”? o ¿quién no ha pensado que nunca se vería en tal situación de desconcierto o tristeza?

Y ante los escenarios que surgen del miedo, caben huidas engañosas: levantar escudos de protección, cerrar filas, construir altos muros. También añorar con nostalgia un pasado inexistente; evadirse en un presente cómodo, protestando contra todo atisbo de incomodidad; buscar la propia seguridad cueste lo que cueste; en definitiva, organizarse una vida lo bastante tolerable como para aguantar la aventura de cada día.

UNAS PREGUNTAS OPORTUNAS

Pero vayamos al grano, como dice el pollo. Hagámonos unas preguntas, que me parece son oportunas: ¿Cómo creo que estará el mundo dentro de veinte años? ¿Cómo creo que estará la Iglesia? Y ¿cómo veo el Instituto? ¿Qué expectativas, esperanzas y desesperanzas tengo sobre él? ¿Qué esperamos? ¿Qué espera Dios de nosotros?

En relación al mundo y a la Iglesia se han hecho encuestas con preguntas similares, y el resultado ha sido bastante sombrío. Hay quienes afirman que el miedo se está convirtiendo en un estado

de ánimo colectivo. Y si hay algo que golpea duramente a la esperanza, es precisamente el miedo. En lo que toca al Instituto, a nuestras comunidades, ¿qué contestaríamos?

Sea cual sea nuestra respuesta, el bueno dejar que resuenen en nuestros corazones las palabras del salmo, más de una vez rezado: “Mi esperanza está en ti” (Sal 39,8). En esa línea, el Papa Francisco nos recuerda las fuertes palabras de san Pablo: “la esperanza -en Dios- no defrauda” (Rm 5,5). ¿Por qué no defrauda? Responde el mismo apóstol: “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rm 5,5).

“La esperanza frustrada enferma el corazón, el deseo colmado es un árbol de vida” (Prov 13,12). La esperanza en Dios no defrauda porque él ofrece su amor a manos llenas, sin escatimar nada. Dios es amor, y amar es su oficio. Por tanto, de él no pueden derivar decepciones, frustraciones, desencantos, engaños, callejones sin salida... De él no hay nada que temer. “En el amor no hay temor” (1 Jn 4,18), y si Dios es Amor, el temor puede llegar, pero no envolvernos y cegarnos, a menos que se enfríe nuestro amor. “La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, “hasta el total cumplimiento” (cf. Jn 13,1; 19,30). Dice Benedicto XVI: “Quien ha sido tocado por su amor empieza a intuir lo que sería propiamente la esperanza” (*Spe Salvi*, n. 27).

¿Podemos vivir sin esperanzas? De ninguna manera. Necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin esta gran esperanza, aquellas no bastan (N. Martínez-Gayol).

Si Coindre dijo lo que dijo y actuó como actuó, es porque no aceptó jamás que el miedo al “infierno” hundiera y sometiera a su gente. Si el papa Bergoglio combate por activa y por pasiva el miedo y trata por todos los medios de avivar la esperanza, es porque, uno y otro, ven el miedo como contrario al amor. Ambos se empeñan en transmitir la esperanza que llevan en el corazón.

Poner la atención en el fundamento de nuestra esperanza, esto es, en Dios, nos descentra y descentra también nuestros interrogantes. ¿Por qué? Porque evita que estemos todo el santo día mirándonos al ombligo, preocupados por ver lo que piensan de nosotros los “amigos” de Facebook o del Whatshap, por defender nuestras pequeñas ideas -que solo son ideas-, por

ejemplo, y nos centremos en el Dios descentrado en quien creemos, que no vive para sí, sino para sus criaturas, para todas sus criaturas, sí, para todas, que son nuestros hermanos y hermanas.

A los profetas de calamidades, que ven malo todo lo que hacen o dicen los que no son de su cuerda; a los que creen que todo iba mal hasta que ellos llegaron -y los hay-, es preciso decirles que la última palabra sobre la historia, sobre las instituciones y sobre nuestra vida no es la nuestra, o sea, “la mía”. La última palabra es la de un Dios locamente enamorado de la humanidad que busca y anhela lo mejor para nuestras vidas más incluso que nosotros mismos, aunque este bien no se identifique con nuestros deseos, ideas, proyectos. Esto nos tendría que animar a vivir esperanzadamente lo cotidiano. Esto es lo que podemos ofrecer todos los creyentes en Jesús muerto por amor entregado, y resucitado por el Amor que reivindica su vida entera, y nosotros hermanos educadores, de manera particular, pues somos testigos privilegiados del Amor.



Jubileo 2025

SERÁ EL JUBILEO XXXI

El primer Jubileo fue proclamado por Bonifacio VIII en 1300. Después de él ha habido decenas de Jubileos. El que acaba de anunciar Francisco es el Jubileo XXXI.

Y, ¿qué es un Jubileo? “Jubileo” es un término que deriva del hebreo *jôbél*, palabra que se refiere al cuerno de carnero utilizado en el templo de Jerusalén como trompeta para anunciar el Yom Kippur, esto es, el día de la expiación. Entre los judíos, cada 50 años se proclamaba el año jubilar -*shenàt hajôbél*-. Con gran alegría e inmensa esperanza, cada 50 años, el sonido del *jôbél*, procedente de Jerusalén, atravesaba el aire y saltaba de pueblo en pueblo, recorría las montañas y los valles, dando comienzo al año jubilar. Se proclamaba, pero...

Vayamos al texto bíblico en donde se habla del tema:

Deberás contar siete semanas de años –siete veces siete años– de manera que el período de las siete semanas de años sume un total de cuarenta y nueve años. Entonces harás resonar un fuerte toque de trompeta: el día diez del séptimo mes –el día de la Expiación– ustedes harán sonar la

trompeta en todo el país. Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país. Este será para ustedes un Jubileo: casa uno recobrará su propiedad y regresará a su familia. Este quincuagésimo año será para ustedes un Jubileo: no sembrarán ni segarán lo que vuelva a brotar de la última cosecha, ni vendimiarán la viña que haya quedado sin podar; porque es un Jubileo, será sagrado para ustedes. Sólo podrán comer lo que el campo produzca por sí mismo. En este año jubilar cada uno de ustedes regresará a su propiedad (Lv 25, 8-13).

El Jubileo bíblico, pues, se proclamaba después de “siete semanas de años -siete veces siete años-, cada medio siglo. Entonces, el año después de un ciclo de siete años sabáticos, o, más claramente, de siete ciclos de siete años, esto es, la quincuagésima semana, era el “Jubileo”.



¿Qué significaba para aquellos hombres y mujeres, endeudados hasta los dientes, con familias que se habían destruido, inmersos no pocos en la esclavitud, el llanto y la aflicción, sin posibilidades de futuro? Pues algo sumamente importante, que lo sería también hoy. No era tanto el año del perdón de los “pecados” por parte de Dios, sino otra clase de perdón. Significaba el perdón de las deudas económicas, las deudas que ahogaban la vida de la gente más humilde. Los pobres quedaban libres de sus deudas; los esclavos recuperaban la libertad; los campesinos, que se habían visto obligados a desprenderse con gran dolor de la propiedad de su tierra -heredada de sus antepasados- la recuperaban.

Al escuchar el sonido del jôbél, se decían entre ellos: “¡Vamos a poder respirar!”; “¡vamos a vivir!”. Era el Jubileo, o sea, el tiempo de la vuelta a la igualdad entre todos los miembros del pueblo de Dios y apertura a nuevas posibilidades de vida a las familias que habían perdido todo y se habían roto en pedazos. Todo se hacía en honor a Dios, go’el, redentor, justiciero de su pueblo, a quien pertenece la tierra y su gente. ¡Era tiempo de salvación, desde el aquí y el ahora! Sí, ¡aquí y ahora!

El Jubileo era una oportunidad -tan difícil de conseguir- para restablecer la relación correcta con Dios, con las personas, en las familias y en la sociedad.

¿ERA POSIBLE TANTA DICHA?

Los estudiosos del Antiguo Testamento, reconociendo el extraordinario ideal, lleno de esperanza, de justicia y fraternidad que el Jubileo representaba, concluyen que, si bien estaba escrito, e incluso se proclamaba a golpe de cuerno, nunca llegó a realizarse de manera efectiva. Proclamarse, se proclamaba, pero es probable que, a la hora de la verdad, la esperanza quedara en agua de borrajas y no se llegó a aplicar la ley jubilar, salvo en escasas ocasiones. Y ¿por qué no se pudo hacer realidad este hermoso ideal, querido por el Dios liberador? Por la resistencia de los poderosos. El Jubileo, más que una aplicación concreta, fue un deseo, un signo utópico, un anhelo esperanzado, una mirada más allá del modo de vida habitual, sobre todo para los que lo habían perdido todo. ¿Por qué se resistían los poderosos? Veamos.

✿ *Dejar reposar la tierra*

significaba no sembrarla y no recoger sus frutos, sino dejarlos en el campo para que dispusieran de ellos los más pobres o los despojados de sus tierras. ¿Cómo podían ver eso los que habían acumulado tierra tras tierra, despojando a muchos de su *modus vivendi* ancestral? Si en el Jubileo, cada cual podía tomar de la tierra lo que le ofrecía esta, sin respetar los límites y los cercos del catastro, ¿qué ocurría con la propiedad privada? Los poderosos no podían reconocer lo que hoy llamamos el destino universal de los bienes por el que todo está disponible para todos, en caso de necesidad.

Este tema también puede adquirir un gran significado en la sociedad actual. En nuestros días, la humanidad puede representarse por una mesa puesta en la que hay unos pocos, por un lado, que disponen de una acumulación exagerada de bienes; y el resto de la gente, por otro, esto es, una multitud que permanece al margen y sólo puede disfrutar de las sobras y las migajas. Así, no existe la idea de la disponibilidad universal de los bienes, antecedente de toda propiedad privada. En este sentido, es sugestivo referirse a las reflexiones propuestas al respecto por la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco. ¿Qué le ha supuesto al Papa defender el destino universal de los bienes,

algo que consta en la enseñanza social de la Iglesia desde los orígenes, y se ha formulado en encíclicas precedentes? Pues le ha supuesto que le llamen “comunista” y otras lindezas que duele solo recordarlas.

✿ **La remisión de las deudas y la devolución de las tierras eran inaceptables**

Los terratenientes tampoco podían aceptar otro aspecto fundamental del Jubileo, como la restitución al propietario original de las tierras enajenadas y vendidas. Los poderosos no podían aceptar que, con el Jubileo, es decir, cada medio siglo, se reconstruyera el mapa de la tierra prometida, tal como Dios lo había querido, mediante el don divino de la división de la tierra entre las tribus de Israel en tiempo de Josué. Cada uno recibía entonces su porción, excepto la tribu de Leví, que vivía de las contribuciones hechas por las otras tribus por su servicio en el templo.

En cuanto a las deudas, ocurrió esencialmente lo mismo. El Jubileo suponía que todos debían ser iguales, con las mismas pocas posesiones. No era posible, para algunos, aceptar el nivel de comunión de bienes absoluto, ideal, utópico, en igualdad.

El libro del Deuteronomio recoge magníficamente esta renovación social que se propone continuamente al judío para que la considere como el modelo social que debe vivir, aunque a sabiendas de que se trata de un proyecto ideal nunca plenamente realizable. De hecho, en el libro del Deuteronomio leemos: "Que no haya entre ustedes ningún necesitado [...] y si hay entre ustedes algún hermano suyo necesitado, no endurezcas tu corazón ni cierras tu mano" (15,4, 7). Si nos fijamos bien, la opción no es sólo de adhesión ideal a la fraternidad y a la solidaridad, sino que implica la concreción de la "mano", es decir, la acción, el compromiso social concreto. En el perfil que nos da el libro de Hechos de los apóstoles de la comunidad cristiana de Jerusalén, se dice varias veces que "nadie llamaba suyo a lo que le pertenecía, sino que todo era común a ellos" (4,32). Algo aprendieron.

✿ **La liberación de los esclavos**

Y el Jubileo era también el año de la condonación no sólo de las deudas, sino también de la liberación de los esclavos. El libro de Ezequiel (46,17) habla del Jubileo como el año

de la liberación, de la redención, el año en que los que habían ido a servir para sobrevivir a la miseria -fracturando familias en muchas ocasiones- podían regresar a sus hogares, con sus deudas perdonadas y sus tierras y libertad recuperadas. Volvían a ser el pueblo del éxodo, el pueblo libre de la capa de plomo de la esclavitud y la discriminación.

De nuevo, se trataba de una propuesta ideal, destinada a crear una comunidad que ya nadie tuviera grilletes en los pies y que todos, sin excepción, pudieran caminar unidos hacia una meta. Es evidente cómo su pertinencia se aplica también a nuestra historia en la que existe un número exterminado de formas de esclavitud: la drogadicción, el tráfico de prostitutas, la explotación infantil con fines laborales o sexuales y la pornografía infantil, y tantas otras formas feroces de sometimiento. También se puede pensar en todos aquellos pueblos que son prácticamente esclavos de las superpotencias porque con sus deudas son absolutamente incapaces de ser árbitros de su propio destino; las actividades de ciertas multinacionales son a menudo una verdadera forma de tiranía económica que oprime a ciertas naciones y sociedades.

¿Tiene resonancia la palabra jubilar de la libertad en nuestro tiempo? Claro que la tiene, al igual que la llamada a la liberación interior, a la liberación del pecado. En efecto, se puede ser exteriormente libre, “sin pecado”, pero hay esclavitudes ocultas a la vista de los demás, hay ciertas cadenas invisibles que nos impiden ser verdaderamente libres.

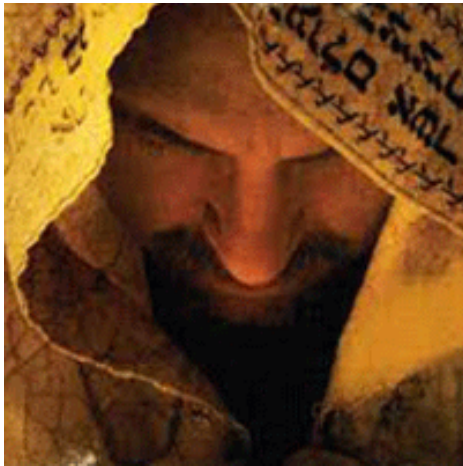


¡Y LLEGA EL GRAN JUBILEO!

No había ni rastro del Jubileo, aunque los *anawin* -los pobres de Yhavé- lo deseaban, lo esperaban. Sin embargo, él, heredero de las mejores tradiciones de Israel, acogidas y aprendidas en la sinagoga, pero, sobre todo, de labios de José y María, dos judíos piadosos y de raza, retoma el espíritu del Jubileo, y a él alude en la sinagoga de Nazaret cuando comienza su ministerio, ante sus paisanos atónitos:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los

pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor". Jesús cerró el Libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: "Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír". Todos daban testimonio a favor de él y estaban llenos de admiración por las palabras de gracia que salían de su boca. Y decían: "¿No es este el hijo de José?" (Lc 4,18-22).



La frase "un año de gracia del Señor", de Isaías 61, que cita Jesús, era interpretada por los rabinos de su tiempo como sinónimo del "Año del Jubileo", "Año de gracia del Señor".

Jesús anuncia cuatro gestos fundamentales del "Año del Jubileo".

✿ **"Anunciar la Buena Noticia a los pobres"**

Los destinatarios primero del Año jubilar de gracia son los "pobres", es decir, los últimos, los pequeños, aquellos que no tienen la fuerza del poder político y económico, pero cuyos corazones están abiertos a la adhesión a la fe. El Jubileo, hoy, pretende volver a poner en el centro de la Iglesia a los humildes, a los pobres, a los excluidos, a los que externa e internamente dependen de las manos de Dios y de sus hermanos.

✿ **"Liberación a los cautivos"**

Este acto, como hemos visto, ya estaba en el Jubileo de Israel. Jesús se refiere también a los presos en un sentido metafórico, pero ya se aquí se anticipan las palabras que repetirá en la

escena del juicio al final del relato: "Estuve preso y vinieron a verme" (Mt 25,36).

✿ **Devolver "la vista a los ciegos"**

Es un gesto que Jesús realizó a menudo durante su existencia terrena: pensemos sólo en el famoso episodio del ciego de nacimiento (Jn 9). La devolución de la vista a los ciegos era, según el Antiguo Testamento y la tradición judía, un signo de la llegada del Mesías. De hecho, en la oscuridad en la que está envuelto el ciego, no sólo está la expresión de un gran sufrimiento, sino también un símbolo. Hay, en efecto, una ceguera interior que no coincide con la física y es la incapacidad de ver en profundidad, con los ojos del corazón y del alma. Una ceguera difícil de erradicar, quizá más que la ceguera física, que atenaza a tantas personas en cuyas almas hay que inyectar un rayo de luz.

✿ **La liberación de la opresión**

Es el cuarto y último compromiso que se propone. Esta liberación no es sólo de la esclavitud mencionada anteriormente a propósito del Jubileo judío, sino que incluye todo el sufrimiento y el mal que oprimen el cuerpo y el espíritu. Es lo que atestiguará todo el ministerio público de Jesús, curando cuerpos y almas, otorgando el perdón de su Abba, denunciando las injusticias, proclamando la liberación de los oprimidos por el poder del imperio y de la religión, compartiendo la mesa con todos, restaurando vidas rotas por la enfermedad y el desprecio... Y dirá desde lo más profundo de su corazón: "Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11,28-30). En eso consiste el Jubileo en acción.

LA OPORTUNIDAD DEL JUBILEO DE LA ESPERANZA

En este marco, me parece oportunísima la convocatoria del Jubileo 2025, invitándonos a ser "Peregrinos de la esperanza". Es un gran acierto abrir un tiempo para reflexionar, alimentar y "actuar" la esperanza, esa virtud que no defrauda, porque está anclada en Dios.

"La esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por

nosotros, como precursor” (Hb 6,18-20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios” (n. 25). Fijémonos: Lo normal es que el ancla se eche en las profundidades del mar, sin embargo, aquí se echa en las alturas del cielo: penetra más allá del velo... La esperanza, por tanto, está arraigada en el santuario celestial, donde Jesucristo ha entrado por nosotros como “precursor”.

No faltará quien diga que el “Jubileo de la esperanza” se trata de una nueva ocurrencia del papa Francisco, y que no tendrá incidencia en la Iglesia y en la sociedad. Mi opinión es diferente. Creo que sacar a la luz la virtud de la esperanza hoy, vale la pena.

Hay demasiados silencios sobre temas importantísimos, vitales. Demasiados silencios que están destruyendo vidas, y haciendo mucho daño. Y ¡ya basta! Gracias a Dios, el criticado y amado papa Francisco, no se calla. Él quiebra la tela de araña que envuelve demasiados silencios nefastos, y pone el dedo en la llaga en asuntos clave, uno de los cuales es la esperanza, en un presente y un futuro con abundantes nubarrones. Por nuestra parte, no hagamos invisible la esperanza, la verdadera, la que está anclada en Dios, pues procedemos de un hombre de esperanza.

Samuel Beckett escribió la impresionante obra titulada: “Esperando a Godot”. Es de una actualidad asombrosa. Pone sobre el tapete la pérdida, la desorientación humana, nuestra condición de seres naufragados. Pone de manifiesto nuestras búsquedas de alicientes para vivir y encontrarle a la vida un sentido, pero vemos cómo ese sentido se nos escapa de las manos, y nos pasamos la vida esperando no sabemos muy bien qué.

En la obra nos encontramos con dos payasos, Vladimir y Estragón, que esperan a Godot y este nunca llega. Un buen día, se enteran por el cruel Pozzo, de que no vendrá hoy, pero mañana seguro que sí; y, sin embargo, Godot nunca llega.

En la Francia del primer tercio del siglo XIX, muchos esperaban a “Godot”, es decir, la salvación que les hiciera salir de la situación que padecían en todos los ámbitos, como los personajes de la novela. Querían, necesitaban sentido para sus vidas maltrechas. En la novela, el esperado no llegó nunca, aunque Pozzo había dicho que llegaría ya.

Andrés Coindre no es Pozzo, por supuesto. Él sabía que el Salvador, el Esperado, había llegado y, con su llegada, se habían visto cumplidas todas las expectativas salvíficas de todos los tiempos. No inventa nada. Sabe de quien se ha fiado y sostiene su vida, y desde ahí se desgasta hasta la extenuación para que la gente experimente el amor y la misericordia del Salvador en su vida, a través de la apertura a la esperanza, al perdón... Si el lenguaje de Coindre nos choca, es natural; pero, no olvidemos, que es un hombre que actúa en el primer tercio del siglo XIX, en unas circunstancias concretas. Conocer el contexto en que se movió es esencial; ignorarlo, es fatal, porque podemos tergiversar todo.

Como decía Pedro Casaldáliga, “hablemos y vivamos de Esperanza”. Pensemos, hablemos, vivamos la esperanza, al hilo de la Bula del Jubileo 2025.

No es para mañana o para los otros. Nuestro momento es el de la esperanza, “la pequeña esperanza”, siempre de la mano de sus hermanas mayores la fe y la caridad –como decía bellamente Péguy–, “sin la cual estas no pueden avanzar y no se pueden expresar debidamente” (Papa Francisco). La esperanza “se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad” (n. 3).

¿ES FÁCIL VIVIR DE ESPERANZA?

Somos seres libres, pero bien sabemos lo que cuesta la libertad. Como dice el himno del Perú: “Somos libres. Seámoslo siempre”. Igualmente sucede con la esperanza: somos seres esperanzados, pero no es fácil vivir de esperanza. Quisiéramos que la vida fuera un camino envuelto en aromas de rosa, con un suelo mullidito alfombrado de pétalos, y en el que sintiéramos siempre palmaditas en la espalda, como signo de aprobación y aprecio de lo que hacemos; que todo fuera éxito y risa. Pero no es así. No seamos ilusos.

La vida trae consigo alegrías y tristezas, pruebas y dificultades, alabanzas y críticas, éxitos y fracasos, y la esperanza parece derrumbarse ante el sufrimiento. Pues bien, en medio de esa realidad que a todos nos toca, de una u otra manera -y bien lo sabe cada uno-, Pablo escribe: “Nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza (Rm 5,3-4)” (n. 4).

Pero ¿podemos gloriarnos hasta de las mismas tribulaciones? Esta pregunta me lleva a una escena relatada en Hechos de los apóstoles. Estaba Pablo tratando de defenderse ante el rey Agripa, Festo, gobernador romano en la región. La autodefensa estaba llena de pasión por Jesús muerto en cruz y resucitado. El final es solemne. Pablo expone una maravillosa síntesis mostrando cómo la fe cristiana encaja perfectamente en la tradición judía. “Pablo dijo: ‘Tengo la fe de los profetas y de Moisés, creo que lo anunciado ha sucedido, el Cristo es el primero entre los resucitados, gracias a él llega la luz al pueblo de Israel y a todos los demás pueblos’. Mientras Pablo hablaba de esta manera en su defensa, Festo ya no pudo callarse y exclamó: ‘Estás loco, Pablo. Tanto estudiar te ha vuelto loco’. A lo que Pablo respondió: ‘No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que digo la verdad y hablo con sensatez’” (Hch 26).

Pablo descolocó a Festo con sus palabras. Y a nosotros del mismo modo nos descolocan las ciudades más arriba. Son palabras desconcertantes por donde se miren. Pero hay más: dice Pablo que de ahí se desencadenan una serie de virtudes, como son la constancia y la esperanza. Veamos.

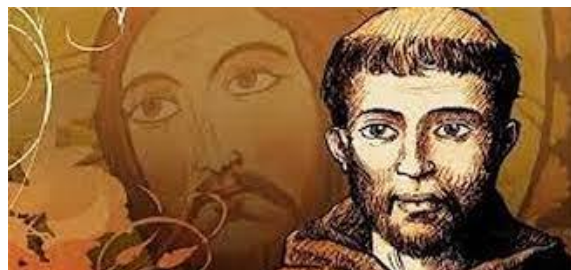


¿Qué es la constancia para Pablo? La “constancia” -que en lenguaje paulino se denomina también “paciencia”-, combinada con la esperanza, consiste en mantenerse firme en las pruebas, no ceder al desánimo, perseverar en fidelidad -que no es aguantar y seguir por que no queda otra-. “Constancia”, en cuanto “paciencia” es no tener prisa en “la era del internet, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora” (n.4).

A nuestro tiempo le falta paciencia. No valora esta virtud tan humana e importante, y, con frecuencia, resulta extraña. No falta quienes la consideran como una actitud blanda ante los avatares de la vida, propia de gente débil.

Ante ello, dice Francisco: “Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia.

Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco de Asís que, en su Cántico de las criaturas, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol “hermano” y a la luna “hermana”. Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás” (n.4).



El apóstol Pablo recuerda que Dios es paciente con nosotros, porque es “el Dios de la constancia y del consuelo” (Rm 15,5). “La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida.

Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene” (n.4).

“Paciencia”, “constancia”, “esperanza”: de aquí surge la vida cristiana como “un camino”, del que la peregrinación es un signo, “típico de quienes buscan el sentido de la vida” (n. 5).

Es un viaje que requiere tiempos fuertes para alimentarse y fortalecerse, a fin de vislumbrar la meta: “el encuentro con el Señor Jesús” (n.5).

CAMINOS PARA SABOREAR EL AMOR DE DIOS

La Iglesia, conformada por los que siguen “el camino” -como leemos en Hechos de los apóstoles- tiene sus caminos para ayudar a saborear cada día el amor y la misericordia de Dios, y acoger su perdón, principalmente el sacramento de la reconciliación -del que habla más adelante la Bula.

Pero, si echamos una mirada a la historia, vemos cómo muchas veces la gracia del perdón ha sido concedida a los cristianos de un modo nuevo y especial: en 1216, la gracia jubilar solicitada por san Francisco a Honorio III para cuantos fuesen a visitar la Porciúncula durante los dos primeros días de agosto, la de 1122 por Calixto II para la peregrinación a Santiago de Compostela, o el “gran perdón” de Celestino V en 1294 (n. 5).

Fueron momentos especiales para experimentar la gracia jubilar de la misericordia, y “es bueno que esa modalidad “extendida” de celebraciones jubilares continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas” (n. 5).

Inicialmente, el Jubileo se celebraba cada 100 años, reduciéndose posteriormente a 50 en 1343 por Clemente VI y a 25 en 1470 por Pablo II. También ha habido Jubileos extraordinarios: en 1933, el convocado por Pío XI para el aniversario de la Redención y retomado en 1983 por Juan Pablo II; el de 2015 por Francisco, para “encontrar el “Rostro de la Misericordia” de Dios”, en el 50 aniversario del Vaticano II.



Estos acontecimientos se plasmaron en la “peregrinación” a Roma para venerar las tumbas de los apóstoles en las basílicas de San Pedro y San Pablo. En 1350 se añadieron también las basílicas de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Lorenzo Extramuros. Más tarde, se añadió otro signo, el de la Puerta Santa, posiblemente instituido por Sixto IV o Alejandro VI.

Esta “puerta de salvación” indica un encuentro vivo y personal con Cristo. Jesús proclama ante la Puerta de las Ovejas, una de las entradas al Templo: “Yo soy la puerta de las ovejas”.

La fórmula no sólo indica “la puerta” como camino para llegar a Dios, sino el Templo vivo en el que se llega al Señor Jesús (cf. Jn 10, 7-9).

PARTICULARIDADES MUY INTERESANTES DEL AÑO SANTO 2025

Este Año Santo de 2025 tiene algunas características especiales: aun estando en continuidad con los Jubileos anteriores, este Año cae en el aniversario de la celebración del primer Concilio Ecuménico de Nicea en 325. ¡Hace nada menos que 1700 años! Aquel Concilio supuso un verdadero hito en la historia

de la Iglesia “[que] tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre” (n. 17). El Concilio se ocupó también de señalar la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo puedan subsistir divisiones al respecto (n.17).

El Año Santo coincide también con el aniversario – el 9 de noviembre de 2024 – de los diecisiete siglos de la Basílica de San Juan de Letrán, catedral del Obispo de Roma, y apunta al mismo tiempo hacia 2033, cuando “se celebrarán los dos mil años de la Redención” (n. 6).

Este Jubileo comenzará con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, el 24 de diciembre, y se clausurará el día de la Epifanía de 2026. Como curiosidad no está de más saber que el 29 de diciembre, Francisco abre la Puerta Santa de San Juan de Letrán; el 1 de enero de 2025, la de Santa María la Mayor y, por último, el día 5, la de San Pablo Extramuros. Estas tres últimas Puertas se cerrarán el 28 de diciembre.

El Papa indica también que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales, los obispos diocesanos celebrarán la Eucaristía como solemne apertura del Año Santo con el anuncio de la Indulgencia Jubilar.

Y hay un detalle: En este Jubileo no se repetirá la apertura de Puertas Santas en diócesis individuales, como en el anterior de 2015.

¿QUÉ ESPERA DIOS DE NOSOTROS?

“¿Qué puedo esperar?”, se preguntaba el filósofo I. Kant en relación a la esperanza. Pero, N. Martínez-Gayol se hace otra pregunta: “¿Puede esperar Dios algo de nosotros?”. Provocativa cuestión. ¿Acaso esperar no implica una carencia, o la existencia de un futuro incierto? ¿No lleva consigo como el anhelo de algo que no está a nuestra disposición y deseamos? ¿No es Dios Aquel de quien se espera, el fundamento de toda esperanza? ¿Siendo vida, plenitud, infinitud, totalidad y eternidad, siendo todopoderoso... puede él esperar?

Parecería que Dios no puede esperar, porque si lo hiciera sería como desdecirse de lo que es él. Sin embargo, a la luz de la historia que Dios ha vivido con los hombres, no podemos negar que justamente es el Dios de la esperanza: el que aguarda, el que confía, el que espera incansable de su creación, de su pueblo y de cada ser humano en particular. El Dios que no desiste de su sueño y que, una y otra vez, cuando sus proyectos para con el mundo fracasan, los reinventa, abriendo nuevas posibilidades de logro y de futuro para nosotros. Son conmovedoras las palabras que leemos en el libro del profeta Miqueas: “Se te ha indicado, hombre, qué es lo bueno y qué exige y espera de ti el Señor: nada más que practicar la justicia, amar la fidelidad y caminar humildemente con tu Dios” (Miq 6,8). No, no son palabras de un “peligroso” teólogo de la liberación; son palabras que el mismo Dios pronuncia, a través de las palabras de un hombre de Dios.



Por supuesto que tiene Dios esperanza de nosotros. Así, leemos en el libro del profeta Jeremías: “Yo conozco muy bien los planes que tengo proyectados sobre ustedes –oráculo del Señor–: son planes de prosperidad y no de desgracia, para asegurarles un porvenir y una esperanza” (Jer 29,11). Y escribe Pablo a los romanos: “Que el Dios de la esperanza los llene de alegría y de paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en ustedes por obra del Espíritu Santo” (Rm 15,13).

Dios tiene fe en el mundo, que es obra de su amor. Espera en el mundo, porque lo ama incondicional y gratuitamente. La encarnación de un Dios que asume la naturaleza humana en todas sus dimensiones, es la mejor muestra de que la espera forma parte de Dios. “Lo que no es asumido, no es salvado”, decían los santos Padres. Si la esperanza es intrínseca al ser humano, ¿puede el Dios encarnado no esperar?

Y ¿cuál es esa esperanza? La Bula nos acerca a la respuesta.

Veamos lo que nos propone. Seguro que todos no podemos hacer todo, pero todos, sin duda, podemos y debemos hacer algo. ¡Todos!



✿ *Esperanza en los signos de los tiempos*

Una novedad de la Bula consiste en presentar juntos el anuncio de la esperanza y los signos que la hacen concreta y tangible, con una referencia a la *Gaudium et spes*:

Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio (GS, n. 4).

La esperanza no es solo algo íntimo. Parte de un convencimiento profundo y de una adhesión cordial a Dios, de quien procede toda esperanza, pero, ¡atención!: la esperanza ha de verse. No es una ilusión como se suele creer por lo general, es algo que se tiene que ver y palpar. Es una virtud, pero que aterriza fácilmente. Lo mismo que el amor: no se puede definir en toda su profundidad, pero se puede verificar en la práctica diaria, en cualquier ambiente humano.

Los signos de los tiempos revelan de manera visible -aunque no siempre sea fácil verlos- la aspiración del corazón humano necesitado de salvación. Y estos signos deben transformarse en obras que hagan viva y tangible la esperanza. Para que la esperanza sea creíble ha de ser activa, justificable, actuante. Si no es así, como decimos en el Perú, “es un mero saludo a la bandera”.

✿ *Esperanza en la paz*

¿Cuáles son los signos a los que alude la Bula? El primero debe ser “la paz para el mundo, que vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra. La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia” (n. 8). El Papa se pregunta: ¿Será demasiado soñar que las armas se callarán y dejarán de traer destrucción y muerte? “El Jubileo nos recuerde que los que “trabajan por la paz” podrán ser

“llamados hijos de Dios” (Mt 5,9)” (n.8). Que no falten, tampoco, esfuerzos diplomáticos para construir una paz duradera.

No es la paz de los cementerios, en donde no pasa nada porque no hay vida. Es la paz, que en línea bíblica es shalom. El término paz es derivado de la palabra hebrea shalom, y significa ausencia de guerra, en tiempos de violencia por doquier, como los de ahora. Y shalom significa vida plena. Dentro de shalom entra todo lo que favorece la plenitud de vida del ser humano: el sentido, la felicidad, la salud, el trabajo, el amor. La paz y la felicidad son los mayores deseos de Dios para nosotros, para todos.

Que no falte nuestro granito de arena para acrecentar la cultura de paz en nuestro entorno, en nuestras escuelas...

✿ *Esperanza para el futuro*

El autor de “El principito”, Antoine de Saint-Exupéry, dijo: “Si quieres construir un barco, no reúnas hombres para cortar leña, dividir tareas y dar órdenes, sino enséñales la nostalgia del mar vasto e infinito”. Con frecuencia nos hemos empeñado en el “hacer” y más “hacer”, sin una mirada clara de futuro. Necesitamos atisbar el futuro antes de realizarlo, a imaginarlo antes de construirlo.

En el segundo signo palpable, el Papa presenta, precisamente, “mirar el futuro con esperanza”, que “equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás” (n. 9). No todos comparten esta perspectiva, señala Francisco. Hoy vemos en nuestro mundo la “pérdida del deseo de transmitir la vida” (n.9), con un descenso impresionante de la natalidad. Desgraciadamente, hay que señalar la incomprensión de quienes “culpan al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos, [lo que] es un modo de no enfrentar los problemas” (*Laudato si'* n. 50). Todos los creyentes y toda la sociedad civil tienen la tarea de testimoniar con la fecundidad del amor “el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas” para dar un futuro a su sociedad: “es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza” (n.9). Más aún: la comunidad cristiana debe apoyar “la necesidad de una alianza social para la esperanza, [...] que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas” (n.9).

Se trata de salir de nuestras mezquinas esperanzas para alentar las vidas heridas de

aquellos hombres y mujeres, niños, adolescentes y jóvenes a los que les ha sido sustraído el futuro.

No olvidemos aquella llamada que se nos hacía a los corazonistas a mirar a los niños y jóvenes pobres y sin esperanza hace unos años, y que no ha perdido vigencia. ¡Ojo! No digamos rápidamente que ya lo hacemos, pues las fotos y los informes lo atestiguan. Lo que hacemos, ¿es lo que espera el Dios de la esperanza de nosotros?



✿ *Esperanza para los que no la tienen*

El tercer signo de los tiempos son los gritos que llegan de los hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. El Papa menciona a “los presos que, privados de la libertad, experimentan cada día —además de la dureza de la reclusión— el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto” (n. 10). Sería deseable prever para ellos iniciativas de esperanza como formas de amnistía, remisión de penas, vías de reinserción en la sociedad, respeto de los derechos humanos, procesos de justicia restaurativa...

Por desgracia, la pena de muerte sigue existiendo en algunos países. Para Francisco, y para todo cristiano, en particular, y los obispos, en primer lugar, deberían esforzarse por promover que sea abolida. La pena de muerte es contraria a la fe cristiana y destruye toda esperanza. La Bula recuerda que la Escritura, anunciando el Jubileo, proclama la “liberación de la tierra para todos sus habitantes” (Lv 25,10) (n.10). Jesús mismo, como hemos visto más arriba y sabemos de memoria -al menos por haberlo escuchado- al comienzo de su ministerio en Nazaret, citó al profeta Isaías, anunciando el Año de la liberación, Año de gracia, Año del Jubileo. Para ofrecer un signo de proximidad a los presos, Francisco desea abrir una Puerta Santa en una cárcel, como signo concreto de esperanza y de compromiso por la vida.

“Sin esperanza, todo esto no sería más que un cementerio”, decía Charles Péguy. No podemos

ignorar que hermanos nuestros viven inmersos en multitud de “prisiones”. Andrés Coindre fue especialmente sensible a esa realidad, sobre todo para niños, adolescentes y jóvenes. No se trata de “imitar” al fundador, repitiendo sin más lo que él hizo. Se trata de hacer lo que él hacía, pero en nuestras propias coordenadas sociales, religiosas, y con su misma actitud.

✿ *Esperanza para los enfermos*

Otro signo de los tiempos que exige de nosotros un gesto de esperanza son los enfermos de nuestras casas u hospitales: la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben pueden aliviar su sufrimiento, ya que las obras de misericordia son también obras de esperanza, “que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud. Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles” (n. 11).

Además, subraya la necesidad de que “no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad”. Además, cuidar de ellos es “un canto a la dignidad humana” (n. 11). ¡Cuidar al enfermo, nos dignifica y dignifica a quien recibe el cuidado! Y no hacerlo, deteriora la dignidad. ¡Tremendo!

“Mírame, para que yo sepa que existo”, decía uno. Coindre tuvo agallas para hacerlo. ¿Dignificamos con nuestra mirada y con nuestras palabras? ¿Se nos conmueven las entrañas ante el sufrimiento ajeno, y hacemos algo para aliviarlo? No es cuestión de dinero, que es lo más fácil de dar, pues basta con tirar de cuenta corriente. Se trata de “darse” con un gesto callado y discreto, pero eficazísimo.



✿ *Esperanza para los jóvenes*

Existe un signo de los tiempos clave para la Iglesia, y, de manera muy particular, para los que hemos recibido la llamada de entregar nuestras vidas a su servicio: son los niños y

jóvenes. Estamos urgidos a incrementar el apoyo con signos de esperanza, para que tengan confianza en sí mismos, pues “con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir” (n.12). Hay niños, adolescentes y jóvenes pobres, maltratados, vilmente abusados, y, a veces, no han sido atendidos cuando han “gritado” su dolor en silencio desgarrante, y han visto cómo la institución ocultaba o justificaba a los depredadores. ¡Qué horror! ¿Quién avivará sus esperanzas asesinadas? ¿Quién escuchará esas palabras que no se atreven a pronunciar, porque les avergüenza contar lo que vivieron? ¡Malditos los que miran a otro lado y se escudan en el buen nombre de la institución, al que consideran que hay que defender, aunque las víctimas sean revictimizadas con esas actitudes! Francisco es implacable con el tema. ¿Qué diría Coindre al respecto?

Por otro lado, es una gozada ver a jóvenes entusiasmados cuando se implican en tareas de voluntariado en situaciones de catástrofe o de dificultad social, pero es triste verles sin esperanza, desanimados: “La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos. Por eso, que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos.” (n. 12).

Dice Francisco: “Que el Jubileo sea en la comunidad cristiana una renovada pasión por cuidar a los jóvenes, a los estudiantes, a los novios, las nuevas generaciones” (n.12). Ellos son el futuro y la esperanza del mundo y de la Iglesia. “¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!” (n.12).

✿ *Esperanza para los migrantes*

Se nos urge a todos a que no falten signos de cercanía y acogida a los emigrantes, exiliados, refugiados, que abandonan su tierra huyendo de guerras, violencias, discriminaciones, en busca de un futuro mejor. Sobre todo, que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles, según la palabra del Señor: “Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo (Mt 25, 35.40)” (n. 13).

La xenofobia y el rechazo del que ha tenido que salir de su tierra por razones políticas,

económicas o de otra índole han de ser tratado de palabra y de obra con dignidad, y se han de rechazar las políticas que los crucifican de mil maneras. ¡Los que estamos llamados a bajar a los crucificados de la cruz, no podemos crucificar a nadie, no podemos quedarnos callados ante tanto “Gólgota” de nuestros días!

✿ *Esperanza para los ancianos*

Francisco pide una vez más en este Jubileo gestos que expresen apoyo y cercanía hacia los ancianos, a menudo solos y abandonados, abriéndoles así a la esperanza; en particular, hacia los abuelos y las abuelas, “que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes” (n. 14).

Sobre todo, invoca tales gestos “para los millares de pobres, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. [...] A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Sufren la exclusión y la indiferencia de muchos” (n. 15). Y casi siempre son víctimas por causas ajenas a su voluntad.

LLAMAMIENTOS A LA ESPERANZA QUE EXIGEN CONVERSIÓN

Se hacen también dos llamamientos a la esperanza que exigen conversión. Estas llamamientos de Francisco van dirigidos a quienes tienen en sus manos el destino de la humanidad.

✿ *Lucha contra el hambre*

P. Casaldáliga repetía: “Todo es relativo, menos Dios y el hambre”. No necesita explicación.

El primer llamamiento del Papa es para intentar eliminar el hambre en el mundo, ya que “el hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia” (n. 16), recordando que los bienes de la Tierra no son para unos pocos privilegiados, sino para todos. En particular, renueva una sentida súplica para que “con el dinero que se usa en armas [...], constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres” (n.16).

✿ *Las naciones ricas y la deuda impagable*

El segundo llamamiento se dirige a las naciones ricas y se refiere a la deuda internacional: los

países ricos “se comprometen a condonar las deudas de los países que nunca podrán saldarlas” (n.16). El Papa señala: “Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: “Porque hay una verdadera ‘deuda ecológica’, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada [...] con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países” (*Laudato si'*, n. 51). Como enseña el Levítico, la Tierra pertenece a Dios y todos la habitamos como “extranjeros y huéspedes” (Lev 25,23). Se trata de una cuestión fundamental si queremos allanar el camino hacia la paz en el mundo.



LA ESPERANZA ORIENTA LA VIDA

Las tres virtudes teologales enuncian la esencia de la vida cristiana (n. 18), pero la primera establece la orientación de la vida del creyente hacia “la vida eterna como nuestra felicidad” (n. 19). Nuestra fe así lo profesa: “Creo en la vida eterna” (n.18). La Constitución *Gaudium et Spes* lo confirma: si falta la esperanza en la vida futura, “la dignidad humana sufre lesiones gravísimas [...], y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar” (GS, n. 21). “Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando el paso del tiempo, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no corre hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que está orientada hacia el encuentro con el Señor de la gloria” (ibid.).

Francisco se detiene en los grandes interrogantes que surgen en nosotros ante la muerte de los seres queridos, donde todo parece terminar en la nada. El apóstol Pablo nos invita a mirar al Señor: “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día” (cf. 1 Cor 15, 3-5). Allí donde Cristo ha pasado por nosotros, está la

certeza de que, gracias a Él y al don del bautismo, “la vida no se quita, sino que se transforma”, para siempre (Misal Romano, Prefacio I de la Misa de Difuntos. No es casualidad – recuerda la Bula – que durante mucho tiempo los primeros cristianos dieran la forma octogonal a la pila bautismal: indica el octavo día, el día del Mesías, de la resurrección (n. 20).

El testimonio más vivo de esta esperanza lo dan los mártires -lo mejor que tenemos en la Iglesia-, que, por la fe en Cristo, fueron capaces de entregar su vida por ser fieles al Señor. Siempre han estado presentes en la historia de la Iglesia y también son numerosos en nuestros días. Además, pertenecen a tradiciones cristianas diferentes, por lo que se convierten en “semillas de unidad, porque expresan el ecumenismo de la sangre” (n. 20). Es deseo ferviente del Papa que durante el Jubileo una celebración ecuménica los conmemore.

De ahí la pregunta: “¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito” (n. 21). Una logradísima expresión de san Agustín confirma este punto: “Cuando esté unido a ti con todo mi ser, no habrá dolor ni pena para mí en ninguna parte. Mi vida será vida verdadera, toda llena de ti” (Confesiones, X, 28).

“¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. La felicidad es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos” (n. 21).

Pero, ¿qué felicidad? Por experiencia, todos sentimos que somos felices cuando somos amados: “Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás” (n. 21). Lo confirma el Apóstol: “Ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, [...] ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor (Rm 8,38-39)” (n.21).

Vivir en comunión hace posible la felicidad, aunque sea de a pocos, en esta vida. Sí, la felicidad de la que habla Jesús en el evangelio: el reino de los cielos es el reino de los suelos. ¡No lo olvidemos! No miremos a otro lado en lo que toca a la comunión, a la fraternidad. Si se diluye aquello que no configura y para lo que nos quiso Andrés Coindre, ¿qué nos quedará? Sin comunión -bien lo sabemos-, la vida se enturbia y se vuelve opaca, y va muriendo lentamente.

EL JUICIO FINAL Y LA INDULGENCIA JUBILAR

Con la vida eterna está relacionado el juicio de Dios, tanto al final de la vida personal como al final de los tiempos. Como Jesús es manso y humilde de corazón algunos piensan que no habrá juicio. Pues están muy equivocados, pues lo vemos claramente en el evangelio, por boca de Jesús. Por tanto, que hay juicio, es obvio. Pero el juicio de un Dios misericordioso, “que es amor (cf. 1 Jn 4,8.16), no podrá basarse más que en el amor; se nos examinará por el amor concreto al enfermo, al pobre, al hambriento..., en ellos, Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25,31-46) (n. 22).

“Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser purificado, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos, en el vínculo común que nos une con Cristo, primogénito de la creación.

¿A qué está dirigida la indulgencia jubilar? En virtud de la oración, la indulgencia “está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia” (n. 22). Se trata, por tanto, de una responsabilidad que compromete a todos los creyentes a comunicar la indulgencia de Dios y su misericordia.

La perspectiva en la que Francisco sitúa la indulgencia retoma la novedad que caracterizó el anterior Jubileo de la Misericordia: se basa “en la comunión de los santos”. Haciendo memoria podemos recordar cómo Francisco había definido la indulgencia como la “unión espiritual que nos une a los creyentes con los Santos y los Beatos, cuyo número es incalculable (cf. Ap 7,4)” (*Misericordiae vultus*, n. 22).

Para dicha comunión “la Madre Iglesia es capaz con su oración y su vida de ir al encuentro de la debilidad de unos con la santidad de otros” (*Misericordiae vultus*, n. 22).

O sea, ¿no es la indulgencia un modo de ganar algo, un beneficio que obtengo para satisfacer mi interés? No. No va por ahí la indulgencia. No es una ganancia, sino que consiste en experimentar la santidad de la Iglesia que participa de todos los beneficios de la redención de Cristo.

El concepto se retoma ahora con más insistencia en la infinita misericordia del Señor: “La

indulgencia, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites” (n. 23).

Jubileos los ha habido, pero este Jubileo de la esperanza tiene su originalidad, y no podemos pasarla por alto.

Se trata de no centrar la cuestión en las indulgencias, sino en el perdón divino, del que estamos necesitados, pues damos la espalda a los hermanos muchas veces, bloqueamos nuestro crecimiento como seres libres y, por tanto, damos la espalda al mismo Dios.

Así, Francisco renuncia a poner al final de la bula las Disposiciones para la adquisición de las indulgencias jubilares. No es un detalle insignificante. Se trata de un cambio valioso de perspectiva.

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

A continuación, se nos exhorta a redescubrir la belleza de un sacramento que no hoy en día está poco valorado: es el sacramento de la Penitencia de la Reconciliación, que nos asegura el perdón: “Dios perdona nuestros pecados” (n. 23). Se recuerda oportunamente el salmo 103: “El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados” (Sal 103,3-4.8.10-12). La reconciliación sacramental es esencial para nuestro camino de fe, conversión y comunión con el Señor: porque “no hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. 2 Cor 5,20)” (n. 23).

Pero también se precisa algo olvidado generalmente: que todo pecado “deja huella”: acarrea consecuencias y, aunque sea venial, “entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio” (n. 23). Cabe señalar que este pasaje es una cita del Catecismo de la Iglesia Católica, donde, sin embargo, se menciona la purificación de la “llamada “pena temporal”, que aquí se omite por completo (Catecismo de la Iglesia Católica, n.1472). Hay un salto cualitativo en cuanto a la definición de “indulgencia”,

calificada ahora como misericordia de Dios. En cuanto a “los efectos residuales del pecado”, se afirma que “son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, ‘es nuestra indulgencia’” (n. 23, cita a Pablo VI, Carta apostólica *Apostolorum limina*, 1974, II).

Sobre el perdón, la Bula ofrece una singular y hermosa clave de interpretación: “El perdón no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas” (n. 23).



Por último, el Papa vuelve a confirmar a los Misioneros de la Misericordia, ya instituidos durante el Jubileo anterior, para que lleven el perdón divino allí donde la esperanza es duramente puesta a prueba: en las cárceles, en los hospitales y en los lugares donde la dignidad de la persona es pisoteada.

LA CONCLUSIÓN Y EL LOGOTIPO DEL JUBILEO

La conclusión de la Carta es una apremiante invitación a escuchar la palabra de Dios, que se dirige a nosotros en nuestro camino hacia el Jubileo. Habiendo buscado refugio en el Señor - como hemos visto anteriormente en esta reflexión- “nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor (Hb 6,18-20)” (n. 25).

La imagen del ancla es evocadora y se retoma en el logotipo del Jubileo. Cuatro figuras es-

tilizadas indican la humanidad venida de los cuatro puntos cardinales. Se abrazan la una a la otra para indicar la solidaridad y la fraternidad que deben unir a los pueblos: la primera figura se aferra a la cruz de Cristo, signo de esperanza y ancla de salvación. Debajo de las figuras hay olas, que se mueven para indicar el peregrinaje de la vida que no siempre transcurre en aguas tranquilas. Por eso, la parte inferior de la cruz se convierte en un ancla, signo de estabilidad: indica la esperanza que se opone a las olas y la salvación que viene del Señor. Por último, alrededor del logotipo, la fecha del Jubileo y el lema: “Peregrinos de la esperanza”.



La bula dice de la Virgen: “La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida” (n. 24). Recuerda la profecía de Simeón de que una espada atravesaría su alma (cf. Lc 2, 34-35) y su presencia al pie de la cruz: “en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza” (ibid.). Francisco recuerda la primera aparición de la Virgen, en 1531 en Ciudad de México, al joven Juan Diego, uno de los primeros aztecas convertidos al cristianismo, con un mensaje de esperanza, que hoy repite a todos los peregrinos: “¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?” (n. 24).

En su carta a Mons. Rino Fisichella, responsable del Jubileo, el Santo Padre recomienda vivir el año 2024, que precede al Año Santo, como “un año intenso de oración, haciendo del “Padre Nuestro” [...] el programa de vida de cada uno de sus discípulos”.

EL JUBILEO EN LA ESCUELA

No está presente este aspecto en la Bula, pero, como educadores que somos, es muy lógico que

nos preguntemos: ¿Se puede trabajar la Bula papal del Jubileo de la esperanza en el ámbito escolar?

Creo que sí podría ser trabajada con los niños, adolescentes y jóvenes, para que, desde los diferentes aspectos que ofrece, puedan comprender el valor profundo y actual que tendrá este evento para la vida de la Iglesia. El documento ofrece extraordinarias posibilidades para abordar su estudio desde la dimensión bíblica, histórica, social, política, espiritual, litúrgica, entre otras. A la luz del carisma de Andrés Coindre -profeta de esperanza-, veamos algunas.

✿ *La apertura de la Puerta Santa*

La apertura de la Puerta Santa en las diferentes basílicas papales en Roma se realizará en el tiempo de Navidad, y así se dará inicio al año jubilar. Sería interesante poder sumarnos a este acontecimiento invitando a participar en las celebraciones que se realizarán a nivel diocesano, así como también desarrollando momentos celebrativos en la propia comunidad educativa.

✿ *La peregrinación y la indulgencia*

Hay dos elementos que son propios del Jubileo, como la peregrinación y la indulgencia, sobre los que podríamos pensar diversas iniciativas. Quizá se pueda realizar alguna peregrinación a una iglesia jubilar o algún lugar significativo para ponernos en camino como “gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida”. La peregrinación, camino de esperanza, une a los creyentes y “favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial”. Para transitar este camino como un camino de conversión que nos fortalezca en la esperanza, el año jubilar se presenta como una oportunidad especial para celebrar el sacramento de la reconciliación, “que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno”.

✿ *Un itinerario en torno al mensaje central*

El mensaje central que ronda en torno a la esperanza es en sí mismo un eje sobre el que podríamos pensar todo un itinerario que nos acompañe en el año jubilar. Creo que el punto de partida tendría que ser la experiencia compartida de ese deseo y expectativa del bien que todos vivimos de algún modo. Todos

esperamos, pero ese bien que deseamos probablemente pueda ser diferente y estar condicionado por la cultura actual que nos impulsa a quererlo todo y de inmediato. Por eso el documento nos habla de una virtud estrechamente ligada a la esperanza que es la paciencia, que como propuesta contracultural necesitaremos desarrollar para poder mantener viva la esperanza y consolidar como virtud y estilo de vida.

✿ **Los signos de esperanza**

Entre los muchos aspectos sobre los que se podría trabajar, señalo un último, que son los llamados por el Papa los “signos de esperanza” que nos invita a poner en el mundo y en especial para aquellos hermanos que necesitan una mayor atención. En ese sentido se mencionan a la paz, al deseo de transmitir la vida, a los presos, a los enfermos, a los jóvenes, a los migrantes, a los ancianos, a los abuelos y a los pobres. Hay mucho que se podría reflexionar sobre estas realidades y personas, y sobre todo mucho que se podría hacer junto con nuestros alumnos para atenderlos.

Que estas propuestas y todas las que seguramente desde el conocimiento y la creatividad de tantos profesores de Religión y agentes de pastoral se concretarán para vivir el Jubileo nos ayuden a que cada uno de nosotros nos dejemos “atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que, a través de nosotros, sea contagiosa para cuantos la desean” (n. 25).

LA “ORACIÓN DEL JUBILEO”

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu
Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada
esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del
Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

LO NUESTRO ES LA ESPERANZA

Ayudar a recobrar y mantener la esperanza es una tarea delicada y lenta: hay que dedicar tiempo, detalles, cariño y paciencia activa.

Recordamos unas palabras del papa Francisco: “A cuantos lean esta Carta la esperanza les colme el corazón”.

Aunque pueda parecer irreverente, invito a quienes lean esta reflexión a escuchar en *youtube* la canción del argentino Tito Páez: “Yo vengo a ofrecer mi corazón”. Vale la pena.

Hermanos, que de esperanza en esperanza caminemos esperanzándonos, unos a otros.

Lima, julio 2024

